

Lo que es sorprendente en su obra, y pueden ustedes observarlo simplemente con hojear su bibliografía en el libro-homenaje que le ofreció la universidad con motivo de su jubilación, y en el que se volcaron la plana mayor de hispanistas e investigadores nacionales y extranjeros, lo que es sorprendente —decía— es ese crecimiento continuo a medida que pasan los años. Por eso decía también antes que Maravall jamás envejeció; mantuvo su apertura al mundo hasta el mismo momento de su fallecimiento, su espíritu y su mente generosamente abiertos a los estímulos y peticiones de ayuda de los jóvenes, su infinita curiosidad y su capacidad intelectual desarrollándose de manera creciente a medida que pasaban los años. Esa bibliografía *in crescendo* nos revela una creación y elaboración que se van incrementando a medida que pasa el tiempo, que no tienen momentos álgidos para después estacionarse, sino que crecen sorprendentes y de forma segura cualitativa y cuantitativamente. Como también dije en el momento de presentación del homenaje antes citado, es testimonio de la unión tan difícil de conseguir, entre un pensamiento maduro, en plena producción científica, y la juventud y frescura intelectual que le permiten estar en una continua creación. Su último libro, antes citado, sobre la picaresca, publicado a los setenta y cinco años y considerado por muchos como su obra más acabada y perfecta —cuando ya tiene tras de sí los libros sobre el Barroco o el Renacimiento antes mencionados, de tan gran impacto en cada momento en la comunidad científica internacional— ; ese libro último habla por sí solo de esa combinación de madurez y apertura intelectual hasta el final de sus días.

Si hubiera que resumir, aun simplificando, algunas de las principales líneas maestras que se desprenden del contenido de toda esta inmensa obra, habría, a mi parecer, cuatro puntos que, sin ser exhaustivos, sí son ejemplares de la renovación y la fecundidad de su aportación historiográfica. Aunque sea muy brevemente, permítanme que los recuerde ante ustedes.

En primer lugar, su carácter europeísta. Como ha señalado el padre Batllori, es un europeísmo en una doble dirección. Por una parte, manifestado en su interés por los «problemas ampliamente europeos», como se desprende de las obras sobre el Renacimiento, el Barroco o el siglo XVIII, antes citadas. Por otro, y ello nos afecta particularmente, por «su constante visión de España como inserta en la historia y en la vida de Europa». En contra de todo provincianismo, apasionadamente opuesto a todo chovinismo (no había *slogan* que más insulso le pareciera que ese de «España es diferente»), Maravall ha mostrado en sus exhaustivos estudios la imposible separación de la existencia histórica de los españoles de la historia de los demás países europeos, aun cuando cada uno tenga su propia e intransferible identidad; ha dejado señalado, en la línea de otros pocos grandes maestros, que la perturbación y aún la pérdida de posibilidades españolas en el mundo de la modernidad no dependía de caracteres heredados por el pueblo español y, por ende, inmodificables, sino de factores situacionales, producto de causas múltiples que podían ser analizadas y comprendidas. Europeísmo que no le impidió estar atento a ciertos temas americanistas, como el de la «invención» y el impacto del Descubrimiento, o el análisis penetrante que hizo del pensamiento de Las Casas, y, en otra dimensión, de forma muy pragmática y muy decisiva, su labor durante décadas como director de *Cuadernos Hispanoamericanos* favorece el conocimiento mutuo a través de su publicación

del pensamiento americano y el español. Todo ello puede explicar la influencia extraordinaria que Maravall ha ejercido en todo el mundo de habla española. También el padre Batllori ha señalado cómo en el III Congreso Internacional de Historia de América, reunido en Buenos Aires ya en 1966, se pudo constatar que «Maravall era el autor español más frecuentemente citado por los congresistas», de la misma manera que también lo fue en algún coloquio celebrado en Italia el año pasado alrededor del Barroco y de la Contrarreforma. Y algo similar ocurre en el ámbito del hispanismo francés o norteamericano, donde de algunas de sus universidades le han nombrado, como se dijo, *doctor honoris causa* o *catedrático asociado*.

En segundo lugar, otra de las grandes líneas maestras de su obra —en cierto sentido, la más característica— es su concepción de la historia como una historia global, como una historia integrada, lo que le hace evolucionar hacia lo que él mismo llamó una «historia social de las mentalidades», y no simplemente una historia del pensamiento, de donde había partido. Una historia —escribió él mismo— que «en tanto que acontecer de una sociedad, no puede entenderse desprendiendo de ella un componente de mentalidad o de pensamiento. Y no hace falta añadir —proseguía— que tampoco el pensamiento se conoce en su verdadera significación arrancado de las circunstancias de la sociedad que lo suscita y que lo condiciona». Realidad —lo que llamamos realidad— y pensamiento; sociedad e ideas, hecho histórico e interpretación, se elaboran siempre juntos. Yendo felizmente contra corriente —frente a las simplificaciones que una vulgarización marxista había hecho de las llamadas «infraestructura» y «superestructura», o frente a la primacía que un cierto economicismo y positivismo ramplón hacía del hecho económico—, Maravall reivindicó siempre, y elevó a categoría de disciplina científica, el que la historia del pensamiento, la historia intelectual en general, «no eran un segmento desgajado de esa llamada realidad» o impostado a ella, o puro reflejo de cualquier acontecimiento «material», sino parte sustantiva de la misma, en cuanto ésta resulta incomprendible sin la *imagen mental* que la estructura, la interpreta y, en definitiva, contribuye decisivamente a la propia «construcción de la realidad social»; forma parte, pues, de la propia «argamasa histórica». El mundo no se nos presenta en sí, sino a través de nuestro sistema de representaciones. Maravall estimaba que la comprensión de este sistema de representaciones en cada momento histórico, la comprensión de una historia de las mentalidades, proporcionaba una perspectiva especialmente fecunda para intentar aproximarse a una «historia integrada», a una «historia global», que, sin caer en generalizaciones o filosofías de la historia no contrastables, evitase al tiempo en lo posible la tremenda fragmentación que una necesaria especialización puede convertir en incomprendible, incompreensión que ya había señalado Ortega, hacia quien Maravall no escatimó nunca su deuda intelectual y admiración. Una historia de las mentalidades debía indagar «en el *fondo creencial* en que se apoya una sociedad», y se diferenciaba netamente para él de una historia de los «movimientos sociales», de una «historia de la sociedad» o incluso de una «sociología histórica». Si bien había que contar con esos diferentes niveles de análisis de la realidad histórica, su finalidad era muy otra. Ni historia evenemencial («se puede hacer —decía— historia evenemencial contando el movimiento obrero y, en cambio, se puede hacer historia social de un soneto de Garcilaso»), ni historia general de una sociedad. Para

Maravall, la *historia social de las mentalidades* era la historia de los condicionamientos de la sociedad entretejidos en cada uno de los procesos que se analizan, y en los cuales no cabe la ingenua distinción, «por otra parte tan mal entendida» —solía añadir— entre ideas y cosas, infraestructuras y superestructuras. «Si se extrae una idea de una página mía —afirmó— sale chorreando datos, si se tropieza con un dato se hallará en seguida cómo fue interpretado. En historia, como en física, el dato y su interpretación son inseparables».

Esta analogía de la historia con la física no es caprichosa ni está hecha al azar. Maravall es autor también de uno de los pocos libros de reflexión teórica escritos en España sobre las consecuencias epistemológicas y metodológicas que para las disciplinas históricas tenía que acarrear la nueva visión del universo proporcionada por la física cuántica, la teoría de la relatividad y, en general, por el desarrollo espectacular de las ciencias experimentales. Ese libro, de sugestiva y fascinante lectura, *Teoría del saber histórico* lo tituló su autor, está escrito en fecha tan temprana como 1958, lo que es bien expresivo de su inquietud y preocupación rigurosa por lo que se podría llamar el «endurecimiento» progresivo (que no inflexibilidad) de las disciplinas históricas, de manera que la historia —y en concreto la historia del pensamiento y la historia de las mentalidades, de la que se puede considerar un introductor en España— se robusteciera con unos análisis científicos cada vez más depurados, contrastables, susceptibles al máximo de verificación y corrección, sin perder por ello su especificidad y su carácter flexible.

Esta inseparable interrelación, esa «imagen mental» que los hombres entendemos que es cada hecho histórico y que, como tal, forma parte inseparable del mismo, necesita para su análisis de unas complejas redes conceptuales y metodológicas para ser reconocida. Esta sería la tercera nota de esas grandes líneas maestras que quería recordar a ustedes: el método interdisciplinar que Maravall, «al margen de cualquier moda», como ha escrito el joven filólogo e historiador Álvarez de Miranda, ha utilizado siempre para el análisis y la comprensión histórica. Para ello, Maravall ha abordado la historia desde la fecunda perspectiva de las categorías de las ciencias sociales; la sociología, la ciencia política, la economía, la psicología social, la filosofía e historia de la ciencia, están presentes en su inmensa obra —éste es el carácter «proteico» al que se refería Félix Grande—, evitando radicalmente cualquier tipo de reduccionismo, pero al tiempo, en una línea que sería la de Braudel y la gran época de los *Annales*, «sujetando» los múltiples elementos con el rigor que sólo los grandes maestros pueden poseer.

Por último, y como cuarta línea maestra que recorre su obra toda, Maravall nos ha enseñado a mirar con nuevos ojos, con nuevas perspectivas, los textos, los hechos, las conductas de los sujetos responsables, y allí donde parecía que ya todo estaba extraído, obtener nuevas y certeras significaciones. Si la historia está hecha de *supervivencias* y de *innovaciones*, Maravall sostiene que, sin olvidar ni unas ni otras, el historiador actúa también correctamente, desde el punto de vista de la actividad científica, primando a las segundas en su atención. Maravall nos ha enseñado así a prestar especial cuidado histórico a «lo nuevo», en el sentido —como él mismo decía— de «lo que, en alguna medida, surge y va a quedar, alterando las líneas de la mera supervivencia».

Entiéndase bien, pues, no lo moderno en el sentido de lo último, no lo nuevo en el senti-